

A PROPOSITO



Voltaire, pintado por Nicolás Largillière.

- Hay que convenir en que, según la Naturaleza, todos los hombres nacen iguales y que la violencia y la intriga hicieron los primeros amos.
- Todo aquel que busque la verdad correrá el peligro de ser perseguido.
- Cuantos menos dogmas, menos disputas; y cuantas menos disputas, menos desgracias.
- En una república digna de ese nombre, la libertad de publicar sus pensamientos es derecho natural del ciudadano. Puede utilizar la pluma lo mismo que la voz; no debe estar más prohibido escribir que hablar.

(“Opúsculos satíricos y filosóficos”) (1)

EL 30 de mayo de 1778, es decir, hace doscientos años, moría en París, luego de una larga vida llena de incidentes, destierro, honores, libelos, éxito, fama y condena eclesiástica, François-Marie Arouet, más conocido por Voltaire (2), nombre con el que firmó la inmensa mayoría de sus obras. Escritor infatigable —ha dejado una correspondencia, además, de aproximadamente

diez mil cartas—, perteneció a ese grupo de filósofos llamados los iluministas, los enciclopedistas, cuyo ejercicio de la razón, aplicado al análisis de las instituciones y de la realidad, instrumentaría la lucha de la burguesía por la toma del poder político. Descargaron sus baterías contra los pilares del Antiguo Régimen: la Iglesia, el fanatismo, el despotismo, el absolutismo, y emplearon como recurso demoleedor la ironía, ya sea en sus obras literarias, en sus ensayos o en los numerosos libelos que circulaban clandestinamente y que tarde o temprano les valían el destierro. Voltaire fue, entre todos, el que alcanzó mayor éxito —buen burgués, al fin y al cabo, supo cuidar su ha-

cienda y patrimonio—, el de corrosión más eficaz y al mismo tiempo, su filosofía —debemos llamarla así, aunque no esté estructurada como tal— se agotó en un lapso más breve que la de otros, porque su visión —todo artista es un visionario— no alcanzó a ir más allá de los postulados de la razón y se detuvo frente a aquellos principios naturales que sólo Rousseau en “El contrato social”, o Swift, en “Una modesta proposición acerca de los niños irlandeses”, se atreverían a poner en tela de juicio. Pero Voltaire murió a los ochenta y cuatro años, en la apoteosis de su fama, y Rousseau y Swift murieron locos.

El siglo XVIII europeo fue el siglo de las luces; llamado también de la razón, de los filósofos, de los iluministas; una generación de pensadores y escritores (los primeros intelectuales en el sentido moderno del término) de lógica implacable, fervor crítico y agudísima ironía socavaron las bases del Antiguo Régimen, el despotismo, la Iglesia y el feudalismo. El aporte de cada uno de estos filósofos a la destrucción del antiguo Estado y al triunfo de la revolución burguesa ha sido diferente, y su peso en la filosofía posterior, desigual. Influencias de Rousseau pueden encontrarse en las utopías del siglo XIX, en el llamado anarquismo y en el socialismo; Montesquieu fue, entre todos, el que desarrolló de manera más profunda alguna de las concepciones políticas que luego aplicarían las repúblicas (como la separación de poderes) y Jonathan Swift el que consiguió en una obra literaria ejemplar, “Los viajes de Gulliver”, elevar a la categoría de metáfora universal las ideas de reforma, relatividad, tolerancia, humanismo y libertad que eran los baluartes del iluminismo. Grandes polemizadores, no hubo hecho público, acontecimiento social, no hubo ley, no hubo suceso en el siglo que no pasara por la criba de sus análisis lógicos, de sus continuas críticas, y más de una vez, un Rey tuvo que anular un decreto frente a la sátira del mismo que un libelo (sin firma, pero fácilmente atribuible a Voltaire o a

Swift, por ejemplo) realizaba de manera implacable.

Fue la primera vez que los hombres de letras (y eran, también, hombres de ciencias, ya que el concepto filósofo englobaba todo el saber de la época) tuvieron poder real sobre la opinión pública, y sin ostentar casi nunca cargos oficiales, sus devaneos con la corte (y especialmente con los ricos burgueses que habían comprado títulos nobiliarios) les dio la oportunidad de alcanzar fama, notoriedad y cierto poder. Si no llegaron a constituir una verdadera República de las Letras, se debió en parte a las rencillas entre ellos (Voltaire llevó a cabo una verdadera persecución intelectual —e injusta— de Rousseau, por ejemplo), en parte a que la nobleza nunca los consideró legítimamente suyos.

Desde el punto de vista de la historia de la cultura y de las ideas políticas, hay que subrayar que los filósofos encontraron una situación casi ideal para el desarrollo activo de sus propuestas: una clase social en ascenso —la burguesía— que ya se había apropiado del poder económico y que necesitaba apoyar sus pretensiones políticas en una ideología nueva, lo suficientemente revolucionaria como para convertirse en hegemónica. Voltaire sintetizaría más que ningún otro estos postulados de reforma: proclama la libertad sin anarquía, la tolerancia religiosa sin ateísmo, la monarquía ilustrada —al estilo inglés— frente a proyectos mucho más radicales, como el de Rousseau, y defiende la propiedad privada y la libertad de comercio. Su sátira más feroz es contra la Iglesia como institución, y recomienda un vago deísmo que tendrá la virtud de reprimir y domesticar a las masas, incultas, e incontroladas, por las que siente un desprecio mezclado con temor. Y ridiculiza de manera ejemplar el conformismo —el de estamos en el mejor de los mundos posibles— y las luchas religiosas, que permiten monstruosidades judiciales como el suplicio de la familia Calas, de la cual se erige en defensor.

Los filósofos emprendieron

(1) Hay una edición reciente y muy cuidada de la Editorial Alfaguara, de Madrid, con prólogo de Carlos Pujol, traducción y notas de Carlos R. de Dampierre.

(2) Uno de los pocos ensayos acerca de Voltaire escritos originalmente en castellano es el de Carlos Pujol, “Voltaire”, editado por Planeta.

O DE VOLTAIRE

CRISTINA PERI ROSSI

una obra colectiva de gran aliento y de influencia importante en el mundo que vendría: la redacción de "La Enciclopedia", auspiciada especialmente por Diderot y D'Alembert, proyecto que constaba de diecisiete volúmenes y que pretendía contener todos los conocimientos de la época, a la luz de la revisión crítica de la razón. Varias veces quemada y prohibida, la obra sufrió muchas interrupciones a causa de la censura de la Iglesia y de las dificultades económicas. El procedimiento más empleado para sortear los dogmas de la censura consistió en definir a la manera ortodoxa algunos términos especialmente conflictivos (hombre, alma, Dios) y a través de sucesivas llamadas, que referían algunas de las palabras de la definición a otros artículos, lograban a veces desmontar la acepción primitiva e introducir subrepticamente su verdadero pensamiento. "La Enciclopedia" constituyó, en su momento, una obra subversiva, aunque en más de una oportunidad los articulistas debieron transigir con el poder establecido. Pero un público ávido se encargaba de difundir sus ideas, aunque fuera, no hay

que olvidarlo, un público perteneciente a una sola clase: la burguesía enriquecida. No pueden extrañarnos el éxito, la fama y la solícita recepción que los filósofos encontraron en el seno de esa clase: podemos decir que en el siglo XVIII europeo la cultura —la filosofía— comienza a ser un artículo de lujo, un signo de clase, un valor social que se tiene por privilegio. En efecto, los ricos comerciantes, los banqueros que compraban títulos nobiliarios y viejos castillos que se encargaban rápidamente de remozar, quisieron también distinguirse por las artes y las letras, y abrieron sus salones, sus recámaras, sus talonarios y sus casas de campo a los filósofos, de origen plebeyo, pero necesitados de protección y de ayuda económica. Así se estableció un parentesco indisoluble: la cultura como signo de clase, aunque tuviera, en ese momento histórico, un carácter revolucionario, en virtud de la alianza entre el poder económico y las ideas renovadoras. Es, quizá, el último ejemplo (excluimos deliberadamente del análisis al mundo socialista) de la estrecha relación entre la sociedad y los artistas e intelectuales, usando el término sociedad como clase dominante. Los escritores y filósofos eran los expositores de la ideología de una clase que pronto alcanzaría el poder político, y que se identificaba con los valores que ellos representaban. Esta relación se romperá de manera radical en el siglo XIX, cuando los artistas y pensadores se desafilien de la ideología burguesa, decepcionados por su fariseísmo, y ya no volverá a restablecerse, porque el capitalismo, como observa oportunamente Carlos Marx en la *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, es hostil a la actividad artística: sólo la considera útil y productiva cuando genera capital, pero como esto contradice la esencia misma del arte, el capitalismo no produce arte, sino valores de uso. ("Cuando Milton, por ejemplo, escribía 'El Paraíso perdido', era un obrero improductivo. En cambio, es un obrero productivo el autor que suministra a su editor originales para ser publicados. El autor que fabrica libros, manuales de economía política, por ejemplo, bajo la dirección de su editor, es un obrero productivo, pues su producción se halla sometida por definición

al capital que ha de hacer fructificar".)

Al mismo tiempo que último ejemplo de la identificación entre artistas, pensadores y sociedad —o clase dominante—, el iluminismo es el antecedente de lo que a partir de Jean-Paul Sartre y su ensayo, *¿Qué es la literatura?*, se ha llamado compromiso. En efecto, la obra de Diderot, de Voltaire, de Rousseau, de Swift, de D'Alembert es un constante comentario, una confrontación continua con su tiempo, con las instituciones, las leyes y el entorno social que les tocó vivir (lo que Sartre llama el escritor y su circunstancia). En sus artículos, en sus obras de teatro y tragedias, y hasta en los poemas, establecen una conexión directa con los hechos contemporáneos: contestan y ponen en tela de juicio a su siglo.

Las grandes contradicciones de Voltaire, censor y crítico del Antiguo Régimen, pero ambicionando ardientemente ser admitido —él, un plebeyo— en la corte, sus amistades con los Reyes (con Federico II y con Catalina II de Rusia, que no se caracterizaba precisamente por su liberalismo), su temor a la democracia, sus devaneos con la nobleza y su elitismo se traducen en la endeblez actual de su filosofía, y son dos de sus novelas —"El Cándido" y "El Ingenuo"— quienes finalmente tienen mayor peso: por la elegancia del estilo y por la feroz ironía con que satiriza todo aquello que se pone a su paso. No es posible pedir más a un hombre que creyó en la soberanía de la razón, pero se detuvo ante las últimas consecuencias que su aplicación podía traer a Europa. Su innegable inteligencia deshizo, en cambio, con mucho más rigor, los dogmas de la Iglesia, su historia plagada de intolerancia y de violencia. Por eso su "Tratado sobre la tolerancia" persiste como uno de los pilares del humanismo, aún hoy, cuando algunos de sus sencillos postulados o de sus benignas reivindicaciones están tan lejos de haber sido alcanzadas por todos los pueblos del mundo. Pese a la Revolución francesa y a la socialdemocracia. ■



"La Enciclopedia" —cuyas planchas representa el grabado— constituyó en su momento una obra subversiva.